

# Entrega de la Medalla Hayek 2016 a Mario Vargas Llosa

Laudatio. Prof. Dr. Óscar Loureda, Universität Heidelberg

Señoras y Señores,

la *laudatio* es un humilde ejercicio del arte del elogio. Está desprovista por su propia naturaleza de la trascendencia que exige la persuasión, de modo que mi discurso solo quiere deleitar, en la forma, y, en el fondo, glosar las cualidades que adornan las vidas literaria y política de Mario Vargas Llosa. Casi todos los méritos políticos, y no pocos de los literarios, de este arequipeño universal tienen su origen en una apasionada defensa de las libertades individuales. Y precisamente por ello la Sociedad Hayek, a quien expreso mi gratitud por darme la palabra en este hermoso acto, quiere reconocer a uno de los más brillantes escritores en español con su Medalla del año 2016.

Permítanme entonces interrumpir sutilmente esta exquisita cena para, además de facilitar la digestión, exponer las muchas virtudes intelectuales y la osadía política de nuestro premiado que justifican la concesión de la Medalla Hayek de 2016.

Hegel, profesor en Heidelberg entre 1816 y 1818 y una de las cumbres del idealismo alemán, considera que el hombre, como ser dialéctico, es negativo. No acepta el mundo como le es dado y quiere modificarlo. Y lo modifica, dice, de dos maneras fundamentales: con el trabajo, como praxis transformadora de lo real, y con el lenguaje, pues el hombre, como ser espiritual, no acepta las divisiones naturales del mundo, y a través de la libertad que le otorga cualquier lengua nombra y recrea la realidad.

Mario Vargas Llosa personifica este esencial inconformismo que plantea Hegel. No se acomoda del todo al mundo que recibe y por medio de la palabra decide iniciar una intensa labor literaria, ensayística y política. Su obra literaria forma parte hoy del patrimonio de la literatura universal y es laureada una y otra vez, por ejemplo con el premio Príncipe de Asturias de las Letras (1986), con el premio Cervantes (1994) y con el premio Nobel de Literatura en el año 2010. Sus textos políticos muestran un compromiso inequívoco con las libertades individuales, una pasión vital con *sus* universos (con Perú e Iberoamérica, los inmediatos, pero también, y muy especialmente, con Europa), y revelan una honda responsabilidad moral con la defensa de ideales y derechos universales.

He hablado de Mario Vargas Llosa como escritor y como político, pero no creo que haya en él un escritor y un político disociados. Solo son dos voces distintas, la del novelista vocacional, con la que intenta hacer el mundo a su medida, y la del “homo politicus et civicus”, con la que intenta intervenir en la realidad para transformarla. De ambas voces quiero hablarles en lo que sigue.

\*\*\*

El enigmático poeta portugués Fernando Pessoa sostuvo con gran intuición que la literatura, como todo el arte en general, es la constatación de que la vida no basta. Lo que en última instancia distingue al escritor de los demás mortales es su singular capacidad de crear

un universo propio, que, si bien se parece a la realidad externa, tiene en rigor sus propias reglas. Y crea ese universo con algo tan mundano como el lenguaje, que es un bien de todos, pero que solo él es capaz usar de esa manera. Como subraya nuestro homenajeado en un ensayo temprano, el escritor es capaz de cometer en cierto modo un “deicidio”, pues le está permitido negar esa creación que llamamos realidad.

Es cierto que esta libertad creadora del escritor eleva con frecuencia el número de ataques de vanidad, pues le hace creerse un dios. Un viejo profesor, buen amigo y cuyo nombre omitiré, dice, medio en serio medio en broma, que no hay por qué preocuparse, que los escritores jamás podrán ser dioses; los escritores pueden crear sus propios mundos, pero a veces yerran en su intento y escriben libros malos; los verdaderos dioses, apostilla con humor, somos los profesores de universidad, por naturaleza infalibles. Seres superiores o no, existen autodenominados “intelectuales” que se basan en este poder casi omnínodo de la palabra y de la literatura para asumir el cómodo papel del contestatario. Se aferran a un individualismo porfiado, se limitan a independizarse de la realidad y se enfrentan a ella sin pasión, de forma que en nada contribuyen al progreso de la ciencia, de la sociedad y de la vida en general. Mario Vargas Llosa responde justamente a la voluntad contraria: si la verdadera piedra de toque del quehacer intelectual es la arena pública, su privilegiada palabra no puede esquivar la participación activa en la vida cívica, que es en rigor una obligación moral.

Este es un primer valor fundamental que debe reconocérsele a nuestro homenajeado: haber defendido y defender la libertad, incluso desde diferentes posiciones ideológicas de fondo, pero siempre con audacia. La defiende primero como novelista. En todo lo que nos va dejando en negro sobre blanco consigue crear mundos literarios inolvidables en los que los personajes no rehúyen el compromiso social. Su obra está repleta de “héroes discretos”, personas que agarran el toro por los cuernos, y que mediante sus actos y decisiones pretenden imprimir dirección y ritmo a su propio destino. Estos personajes solo caben, claro está, en novelas, porque en el fondo Mario Vargas Llosa no es un escritor, es un novelista, aunque tenga por momentos otras inquietudes. En el formato de la novela expresa a gusto su determinación holística, el afán de abarcar y contar toda la realidad analíticamente, cosa que no le es propia a la poesía, por definición sintética.

La obra literaria de Vargas Llosa es una formidable expresión artística universal. Lo ha expuesto muy bien nuestro común amigo José Luis García Delgado. “Es universal no solo por su vasta cultura y por sus escasos prejuicios, sino también por su voluntad de alejarse de cualquier localismo empobrecedor, de cualquier visión nacionalista de la Historia, de cualquier concepción de lo propio excluyente, en la convicción de que la identidad sólo es fecunda cuando no se piensa en ella y de que el desarrollo cultural es emancipación del viejo atavismo que Popper llamaba 'el espíritu de la tribu'; es decir, capacidad de elegir, de diferenciarse de los demás en función, no de fortuitos lugares de nacimiento o de gotas comunes de sangre, sino de aptitudes, razones, creencias, trabajos, consecuciones”.

\*\*\*

Es verdad, como decía Flaubert, que “escribir es una manera de vivir”. Pero la Medalla Hayek 2016 no es un reconocimiento literario, sino la expresión de una gratitud de muchos por la lucha personal e intelectual que Mario Vargas Llosa desarrolla contra lo que Tony Judt ha llamado “anestesia moral colectiva”.

Aunque su actividad política venía de antes, Mario Vargas Llosa se situó en el centro de la vida política pública al presentarse como candidato a la presidencia del Perú en las

elecciones de 1990 por la coalición Frente Democrático. Esta plataforma puso altavoz a su reivindicación y actualización del liberalismo clásico de Adam Smith, una democracia liberal signada por la tolerancia. Los resultados de su derrota forman parte de las páginas más negras de la historia del país. Apenas un puñado de votos, 41.000 (el 0,24% de los votantes), han evitado hace unos días el eterno bucle de injusticia en el que una saga puede sumir a un estado.

Fue derrotado, pero no definitivamente vencido. Y como “siempre se puede hacer algo”, su actividad política no solo no cesó, sino que se internacionalizó. En 2007 en España se estaba formando la gran tormenta que todavía no ha escampado. La incipiente crisis económica se unía a notables vacilaciones democráticas. Entonces participó en el acto de presentación del partido español Unión Progreso y Democracia. Paralelamente, en Chile apoyó la candidatura presidencial de Sebastián Piñera. Su actividad política en pos de respeto de las libertades y derechos humanos lo condujo a la lucha por la memoria de las víctimas de las dictaduras, especialmente de la de Pinochet en Chile y del terrorismo peruano. Más recientemente ha prestado su apoyo intelectual y humano a la oposición del régimen postchavista venezolano.

\*\*\*

Su defensa de la democracia liberal y la crítica de los “estados fallidos”, especialmente de los iberoamericanos, origina una intensa labor ensayística crítica recogida en las hemerotecas de diversos diarios y revistas internacionales. Estas páginas son la expresión del convencimiento de que la mejor manera de cambiar la política es contagiar el entusiasmo por unas ideas y unos valores que deben llegar al gran público a través de la persuasión.

En sus textos se encuentran posiciones valientes ante actitudes que cuestionan nuestro propio ser y nuestro devenir histórico. Es atrevida, por ejemplo, su condena del terrorismo basado en el fanatismo religioso o en la violencia política, que solo hace aflorar todas las miserables sombras del ser humano. Es también firme su defensa de esa vieja Europa que inventó no pocas cosas, como los derechos humanos, la democracia y la libertad, una Europa de suyo distraída, a la vista está lamentablemente, y que va camino de regresar, como subraya nuestro homenajeado en distintas páginas, “a la prehistoria de las tribus, a las fronteras y al ensimismamiento cultural”. Y es bravo, sin duda, su combate contra las tesis de todo nacionalismo, una forma de negación cultural y humana que bajo distintos pelajes justifica sesgadamente lo propio para ahogar sin pudor todo lo ajeno. Por su actualidad en distintos lugares de Europa, en Alemania sin ir más lejos, no me resisto a citar uno de sus artículos, “El elefante y la cultura”, en el que nos previene de los efectos de esta ideología que “amenaza, socava, empobrece o degenera la personalidad” y que es “un tropiezo mayor para el desarrollo cultural”.

\*\*\*

La Medalla Hayek 2016 une simbólicamente el nombre de Mario Vargas Llosa al de Friedrich August von Hayek, pero el nombre del profesor vienés cautivó a Vargas Llosa ya de joven (por increíble que parezca, más joven de lo que es hoy). Años más tarde, en un artículo de 1992, “Muerte y resurrección de Hayek”, escribiría que “si tuviera que nombrar los tres pensadores modernos a los que debo más, no vacilaría un segundo: Popper, Hayek e Isaías Berlin”. Buscaba entonces Vargas Llosa una salida de los sofismas del colectivismo que le

permitiera acentuar la libertad individual como vía para intentar superar las tensiones dialécticas entre la libertad y la igualdad, y entre la justicia y la prosperidad. Este intento de superación lo describe en una conferencia titulada “Mi trayectoria intelectual: del marxismo al liberalismo”. Sus lecturas en la Universidad de San Marcos de su Perú natal, donde comenzó a leer a Lenin, a Marx, a Polizer y a Sartre, chocaban con su alarma ante las exageraciones de las dictaduras en su entorno inmediato y con las consiguientes explotaciones de los más pobres. Un ejemplo de la conmoción interna que le suscita la brecha entre lo que se decía y lo que pasaba es el entusiasmo con el que Mario Vargas Llosa recibe la revolución cubana contra Batista y sus tempranas desilusiones con Castro. El desasosiego hizo que las lecturas fueran mudando y abrazó a autores como Aron y Revel, primero, y a Berlin, Popper o Hayek, especialmente después de la comprobación, un día sí y otro también, del cinismo indisimulado hacia las libertades individuales de regímenes con anhelos totalitarios.

Su interpretación del liberalismo se basa en buena medida en Friedrich August von Hayek, en el que encuentra descrita, declara, “con una lucidez conceptual que se apoya en un enciclopédico conocimiento de la práctica”, una definición de la sociedad basada en un orden legal estricto, en el respeto por la propiedad privada y en la separación de poderes, y no en un mero modo de articular un sistema de libres intercambios. Esa es la base de la vida, de la libertad y de la búsqueda de la felicidad, sostiene, una base que, en consonancia con un principio liberal clásico, debe ir unida, y esto hay que decirlo sin ningún titubeo, a una gran conciencia social y que debe proteger la igualdad de oportunidades. En este sentido su horizonte parece ser Milton Friedman, quien sostiene que la igualdad de oportunidades no está en contradicción con la libertad; antes al contrario, es un componente esencial de esta.

\*\*\*

La Sociedad Hayek ha decidido galardonar a uno de los escritores e intelectuales en español más universales con su Medalla del año 2016. Me alegro por él, y me alegro también por esa comunidad de más de 500 millones de hablantes que denominamos “comunidad hispanohablante”. Es una decisión que une un poco más Iberoamérica y el español con Alemania. Y es, sin duda, una decisión justa. Pudiendo permanecer en el calor confortable de la creación de mundos literarios, Mario Vargas Llosa decidió asumir la responsabilidad de hacer algo también por este; pudiendo ser un individualista recalcitrante, es tenaz en la lucha por el individuo y por la libertad de todos. Sí, estimados amigos, la libertad, quizá “uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos”, como enseña Don Quijote a Sancho en un bello discurso dentro la más universal obra de Miguel de Cervantes. Por la libertad, prosigue Don Quijote “así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida”. Precisamente como tú lo has hecho, y de forma ejemplar, querido Mario.

\*\*\*

Señoras y señores, quisiera proponer un brindis. Levantemos nuestras copas y hagámoslas sonar por este arequipeño de nacimiento, iberoamericano de vocación y ciudadano del mundo por convicción. Muchas gracias.